



CAPÍTULO XI.

LAS PRIMERAS CONFIDENCIAS.

POR parte de Zubieta, tanto como por la de Lola, había ya una positiva contrariedad en cada detalle ó circunstancia que se opusiera á sus acostumbradas expansiones; de manera que la primera tarde que Zubieta y Lola volvieron á tener libertad de hablar, no les fué posible ocultar su alegría, hasta el grado de que Lola exclamó sin pensarlo:

—¡Bendito sea Dios que nos dejaron hablar!

—Eso mismo digo yo, criatura; estaba yo verdaderamente impaciente porque llegara la visita de hoy.

—Se conoce.

—¿En qué lo conoce usted?

—En que todavía no dan las cuatro, que es la hora de costumbre.

—Es cierto, son tres cuartos; pero desde las dos estoy dispuesto; y hubiera venido todavía mas temprano, á no ser porque....

—¿Por qué?

—Por temor de ser molesto.

—¿Molesto usted, Zubieta? jamás lo ha sido.

—Gracias, hija mía, gracias; con que dígame usted ¿qué tal se ha portado?....

—¿Creerá usted que bien?

—¿Bien?

—Es decir no ha vuelto á....

Vea usted Zubieta: él tiene algo, yo le conozco que está ocultando su desconfianza, porque él mismo no puede menos de conocer cuán injusto sería ese proceder.

—¿Pero le ha dicho á usted?....

—¡Ah! en cuanto á eso, nada, absolutamente, ni una palabra; pero figúrese usted si yo conoceré á Manuel; y lo puedo asegurar á usted que está disimulando á más no poder. ¿Y á usted cómo lo ha tratado?

—Con mucha amabilidad.

—¿Oíga?

—Con más amabilidad de la que acostumbra.

—Es preciso: cuando uno disimula, tiene que exagerarlo todo, pero para que vea usted lo que son los hombres, ahí tiene usted á mi marido, tan prudente, tan confiado y tan recto ordinariamente, convirtiéndose en un Otelo ridículo, é infiriéndome con esa conducta una verdadera ofensa, sí señor, una ofensa que no puedo tolerar ¿le parece á usted esto justo Zubieta? cuando si hasta ahora he conservado intacta mi reputación y su nombre, sabe Dios con cuantos sacrificios lo he conseguido; y todo para qué? para que el día en que se le meta el diablo á mi marido, me confunda con las demás mujeres, desconociendo cuánto me debe, y

olvidándose de mi conducta anterior: ¡ay Zubieta, soy muy desgraciada!

Y al decir esto, Lola tomó un aire marcado de compunción, sacó su pañuelo y se enjugó los ojos que se le habían puesto brillantes de lágrimas.

En la fisonomía de Zubieta se dibujó también la emoción y contempló á Lola, pareciéndole que se ponía en extremo interesante.

—Tiene usted razón, hija mía: exclamó Zubieta al cabo de un rato de elocuente silencio, es usted muy desgraciada.

Para elevar al cuadrado las lágrimas de una mujer, no hay más que multiplicarlas por esta cifra: Tiene usted razón.

Lola, por lo tanto, entró de lleno al terreno de las lágrimas.

—Lo que siento es, decía entre uno y otro sollozo, que estoy pagando pecados ajenos.

—Vamos, Lola, vamos, hija mía, ¿qué es eso? exclamó Zubieta, sabiendo hasta dónde iban á parar aquellas palabras.

—Sí, sí, cabal que sí; repitió Lola con esa especie de despecho, que es también una de las fases del llanto. Yo he oído decir que los pecados de los padres, se pagan hasta la cuarta y quinta generación.

—¡Lola, por Dios!

¡Ay, Zubieta! usted no sabe todo lo que yo he pasado, y todos los sacrificios que me ha costado conjurar esa especie de maldición; pero ya lo ve usted, de nada me ha servido portarme bien; y sin duda por que mi marido sabe algo de mi familia es por lo que tiene tanta facilidad para dudar de mí.

—Pero Lola, qué tiene que ver lo uno con...

—¿Qué tiene que ver? es muy sencillo: que si mi marido, por fortuna, tuviera mejor idea de mis gentes, en el primer momento de dudar de mí, diría «no, esto es imposible su familia es una familia tan honrada y tan..... pero por desgracia no es así, Zubieta.

Usted sabe algo; pero para que en ningún caso se me acuse, y supuesto que es us-

ted mi mejor amigo, voy á depositar en usted mi confianza, voy á contarle á usted cosas que lo van á dejar con la boca abierta; oíga usted, oíga usted.

Zubieta comprendió que aquel diálogo con Lola no lo iba á poner en autos de cosas nuevas, supuesto que se preciaba el mismo Zubieta de conocer todos los antecedentes de la familia de Lola; pero como, por otra parte, se sintió alhagado al ser objeto de una confianza íntima, no hizo ninguna objeción, sinó que se preparó á oír.

—No quiero tomar las cosas desde muy lejos, dijo Lola; pero empezando por mi abuela; sabe usted muy bien que era la madrastra de mi mamá: ya usted conoce cuan odioso es ese parentesco; pues bien, esta circunstancia fué el origen de las desgracias de la pobre de mamá, por que, figúrese usted que aburrida del mal trato de la madrastra, hizo un casamiento detestable, no durando con él en paz ni la luna de miel.

Mi mamá, usted la conoció, era una de las mujeres mas bonitas de su tiempo; de

manera que á los diez y seis meses de casada, tuvieron que separarla del marido: yo no había nacido entonces, yo no soy Suarez sinó Zamora.

—¿Es usted Zamora?

—Sí, ¿no conoció usted á mi papá?

—¿Zamora?

—Zamora, el teniente coronel de Carabineros....

—¿Costeño?

—De la costa.

—¿Alto, fornido, de bigote...?

—El mismo.

—Mucho, mucho conocí á Zamora.

—Pues era mi papá.

—¿Y vive?

—Murió hace diez años.

—¡Pobre Zamora!

—Pues como iba diciendo; la pobre de mamá ¿qué quería usted que hiciera una vez viéndose abandonada por su marido? era tan hermosa, tenía tantos atractivos....

—Pero oíga usted, criatura, yo tenía á su mamá de usted por mujer de Ruíz.

—Vea usted; Ruíz, era el que entregaba á mi mamá la mesada de Zamora, y como Ruíz era tan enamorado, le colgaron el milagro.

—No, no, hija mía, eso de milagro....

—¿Pues qué?

—¿Y Rosa, la hermanita de usted, de quién es hija?

—Rosa y yo nos decimos hermanas, pero....

—Es hija de Ruíz, criatura.

—¡Ay, qué hablar de gentes! exclamó Lola.

—No tanto, criatura, no tanto, porque cuando yo se lo digo á usted, es porque lo sé de buena tinta.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El mismo Ruíz.

—Pues miente; convengo en que Rosa no era hija de mi papá Zamora; pero de Ruíz? no lo crea usted.

—¿Pero es hermana de usted?

—Sí.... es mi hermana, las dos hemos re-

putado á mi mamá como á nuestra madre común.

—Bueno, pues con eso basta; porque en cuanto á ustedes dos, Rosa y Lola, no hay que confundirlas con los demás muchachos.

—Con los otros mis medios hermanos, ya se ve que no, que por todos ellos son del segundo matrimonio.

—Todos, no.

—Quiere decir, pasan por hijos de Salazar.

—No, hija mía, todos no; figúrese usted que Edelmiro y Roberto, que son los mas chicos, no se apellidan Salazar.

—Sí, Salazar se apellidan.

—En el colegio pasan por Suarez.

—Ya se vé, llevan el apellido del primer marido de mamá.

—Bueno, ¿pero cómo, los mas grandes, los anteriores á Edelmiro y á Roberto son Salazar?

—En realidad, no todos son Salazar tampoco.

—Menos han de ser Suarez.

—Es que entre todos mis hermanos hay hijos de mi... del marido de mi mamá, de Suarez.

—¿Y su mamá de usted los recogió?

—Sí: á Carlos: el pobre de Carlos vino á mi casa de siete años: figúrese usted, era hijo de una cómica que se había ido para el interior con una compañía, dejando al pobre muchacho casi abandonado, y mamá, ya la conoció usted que tenía tan bellos sentimientos, dijo:—¿Es hijo de Suarez? yo lo adopto; porque hasta después de muerto quiero probarle á ese hombre, que soy una mujer que tiene el corazón bien puesto; y desde entonces Carlos ingresó á la familia.

Rosa y yo crecimos viendo padecer á la pobre de mi mamá, quien tuvo una vida, como usted sabe bien, llena de peripecias y sinsabores.

Mi padrino de bautismo creyó prudente quitarnos de mi casa, donde había todo menos paz doméstica, por que mis nuevos hermanos eran lo mas malo que se conoce,

y entramos á las Vizcaínas, de donde tuvimos la fortuna de salir Rosa y yo, para casarnos.

—¿Y Rosa?

—Está en Tepic, tiene ya tres chicos y parece que lo pasa bien la pobre; su marido es muy bueno, le ha salido honrado y trabajador, y en fin, según tengo noticias, no tiene de qué quejarse.

Por mi parte, ya usted lo vé Zubieta, empiezo á ver que mi tranquilidad se turba; y como sé, por lo que ha pasado en mi casa, que la pasión de los celos fué la que todo lo amargó, le tengo un miedo á los celos, como usted no puede figurarse.

Zubieta tuvo la buena intención de tranquilizar á Lola con respecto á los celos de don Manuel, y estaba seguro de conseguirlo; pero como por otra parte, el amor propio de Zubieta se encontraba alhagado, tanto en virtud de los celos del marido, como por el estado de despecho en que se encontraba Lola, renunció á la idea de tranquilizarla y la dejó entregarse á sus expansiones.

Llegó don Manuel y la conversación roló sobre el asunto de don Santiago.

Cuando Lola notó que su marido y Zubieta hablaban de asuntos de comercio, se retiró de la sala y permaneció largo tiempo entregada á los pequeños quehaceres domésticos; y sólo volvió á la sala para despedirse de Zubieta, quien se retiró en medio de las tranquilas demostraciones de afecto que eran ya una costumbre.

Lola notó en seguida que su marido estaba preocupado, y uniendo esta circunstancia casual con sus anteriores reflexiones se concentró á su vez, y el matrimonio se entregó al sueño aquella noche en medio de un significativo y desusado silencio.



CAPÍTULO XII.

EN EL CUAL EL LECTOR
VOLVERÁ Á TOMAR EL HILO DE LA
HISTORIA DE ELOISA.

APESAR de que Lola y Zubieta habían tenido ya varias conferencias, no habían vuelto á ocuparse de Eloísa; pues ante un interés de otro género, Zubieta llegó á olvidarse completamente de esta historia, que le había interesado tanto, según recordará el lector.

Atendiendo á esta circunstancia, y á que seguramente Zubieta no volverá á su empe-